

do sus familias en la desolacion y el llanto. Allende y Aldama no salieron en esa hora por haber quedado arreglando algunos asuntos; pero debian alcanzar á la columna en la hacienda de la Erre, donde les esperaria y en la cual se hallaba con su familia D. Luis Malo, persona respetable, de buena posicion social, y una de las que pertenecian á la junta establecida por Allende en San Miguel el Grande.

CAPITULO VII

Marcha el cura Hidalgo para San Miguel.—Se detiene en la hacienda de la Erre.—Número de españoles que habia en el país.—Toma en el santuario de Atotonilco un cuadro con la imágen de la Virgen de Guadalupe, para llevarla como enseña de religion.—Entra sin oposicion en San Miguel.—Se pinta lo que pasó en esta villa.—Hidalgo marcha sobre Celaya, y pone preso, al pasar por Chamamero, al cura del pueblo.—Entra en Celaya sin oposicion y va á reunirse á sus filas el capitán Arias.—Hidalgo emprende su marcha hácia Guanajuato, y entra en Salamanca y en Irapuato.

1810. El cura Hidalgo, contento del feliz éxito
Setiembre. con que habia dado principio á la empresa de la acariciada independenciam, llegó poco despues de haber salido del pueblo de Dolores, á la hacienda de la Erre, que se encuentra próxima. En ella se hallaba con su familia D. Luis Malo que, como he dicho, fué uno de los primeros que pertenecieron á la junta establecida en

San Miguel el Grande. Transcurrida una hora, llegaron Allende y Aldama. D. Luis Malo, queriendo obsequiar á los tres jefes que acababan de ponerse al frente del movimiento, hizo que les sirviesen una espléndida comida. Reinó en la mesa el mas vivo entusiasmo, y se acariciaron las mas lisonjeras esperanzas respecto del éxito de la empresa. D. Mariano Abasolo que, como he dicho, no se habia hallado en el movimiento, llegó poco despues á reunirse con ellos, para dirigirse juntos á San Miguel el Grande.

Aunque la conjuracion habia sido descubierta y reducidos á prision los individuos que formaban la junta de Querétaro, existian libres en las demás villas y ciudades los agentes que habian trabajado en ellas para realizar el plan, y no dudaban que acudirian con numeroso pueblo á engrosar las filas de la revolucion.

El guante estaba echado, y la division de un bando y otro establecida.

Hidalgo y Allende contaban con apoderarse de San Miguel el Grande, sin notable dificultad, pues los oficiales del regimiento de la Reina consagraban profundo cariño al segundo, y no dudaban que se unirian á ellos en el instante que se aproximasen á la poblacion. El único obstáculo que en su concepto encontrarían para entrar, serian los españoles vecindados en la villa; pero como su número era corto, pensaban vencerlo fácilmente.

Con efecto, por heroica que fuese la resistencia que opusieran, poco temor podrian inspirar cuarenta individuos aislados en un punto, sin prevencion ninguna para sostenerse dentro de algun edificio, donde se hicieran

fuertes, pues desprovistos de víveres y de municiones de guerra, harian corta su resistencia.

Desde el momento que se establecieron las juntas, fué el plan de los conspiradores apoderarse, simultáneamente, como dejo dicho, de los españoles esparcidos en las diversas poblaciones de la Nueva-España. No dudaban que conseguido ese objeto, la independenciam quedaba realizada, pues el país entero la proclamaria. Por eso se habia dispuesto en el plan, que el grito se diera en Diciembre, pues reunidos la mayor parte de los comerciantes y hacendados europeos en la fèria de San Juan de los Lagos, la aprehension de ellos hubiera dado por resultado el triunfo de la revolucion. Pero el temor de que en ese largo plazo se descubriese la conspiracion, hizo que se dispusiese por los conspiradores darlo el 26 de Setiembre, transfiriéndolo por último para el dia 2 de Octubre, porque el segundo plazo fué corto para proveerse de armas (1).

La denuncia hecha de la conspiracion trastornó sus planes, y ya que no les fué posible sorprenderles teniéndolos reunidos, procuraban en cada punto á que llegaban reducirles á prision, para que no fuesen á formar cuerpo con los de otras ciudades del gobierno, y armándose to-

(1) «Que si se trató de que se verificase (el pronunciamiento) el dia veintiseis en la ciudad de Querétaro y en San Miguel el Grande; pero habiendo parecido corto el tiempo para prevenirse de algunas armas, se difirió para el dia dos de Octubre, lo que no tuvo efecto por la sorpresa de los confidentes de Querétaro, como tiene declarado en la posicion tercera». (Declaracion del cura Hidalgo en su causa.)

dos, presentar obstáculos á la realizacion de la independencia.

El número de españoles europeos ascendia en todo el país, en los momentos en que se dió el grito de emancipacion, á quince mil. Corta era la cifra si hubiera tenido que combatir contra el país entero que contaba con un millon ochenta y dos mil novecientos veintiocho individuos de raza blanca, cuatro millones, de indios y un millon trescientos treinta y ocho mil setecientos seis de diversas castas (1). Pero como gozaban de prestigio en la sociedad, en la cual tenian familia y relaciones de valía, y como la fidelidad al rey se hallaba profundamente arraigada en todas las clases de la sociedad, podian levantar numerosas fuerzas de adictos, y por lo mismo, la pri-

(1) Aunque el baron de Humboldt supone que en 1803 habia en la Nueva-España setenta mil europeos, se ve que sufrió un error, por el estudio hecho por D. Fernando Navarro y Noriega, contador general de los ramos de arbitrios, en la «Memoria sobre la poblacion del reino de Nueva-España», que dió á luz en 1820, en la cual calcula en quince mil el número de españoles peninsulares. «Humboldt», dice Noriega, «eleva la suma general de blancos á 1.200,000 lo que corresponde á 20 españoles por cada 100 habitantes, en lugar de los 18 á que yo los reduzco próximamente; pero esta diferencia todavia no es tan reparable, como la que produce el cómputo que hizo de los europeos, segun el cual habia en el reino por el año de 1803, de 70 á 80,000, ó 1 blanco europeo por 14 americanos. Para juzgar la exageracion de este presupuesto, basta saber, que en el censo de 1793, resultaban 7,904 individuos de ambos sexos, y nadie podrá conceder que por la falta de uno ú de otro padron y por los individuos que han venido posteriormente á esta Nueva-España, hubiese de subir el total á tan alto punto: mas esta equivocacion merece indulgencia, si se reflexiona que Humboldt solo tuvo en apoyo de sus cálculos, la proporcion que observó guardaban en Méjico los españoles europeos con los americanos; antecedente que por sí solo no puede conducir á formar un cálculo aproximativo. Yo opino que cuando comenzó la insurreccion, tal vez no se contarían 15,000 eu-

mera providencia de los caudillos de la revolucion al entrar en una poblacion, era reducirles á prision.

En la misma hacienda de la Erre se aprehendió á otro español apellidado Peniche, que estaba de dependiente en la tienda. Era persona muy apreciada de todos los que habia en aquella finca, y suplicaron á D. Ignacio Allende que le dejase en libertad. La peticion era de las mas difíciles de obsequiarse de parte de los pronunciados; pero Allende accedió á la súplica, aunque no sin intencion de sacar provecho del mismo individuo á quien dejaba libre. Al otorgar la gracia llevó Allende dos objetos. El primero obsequiar la peticion de la familia de D. Luis Malo; y el segundo, valerse de él para disponer los ánimos de los españoles de San Miguel el Grande, á no hacer resistencia á los pronunciados. Peniche era pariente de D. Francisco Camuñez, Mayor del regimiento de la Reina, que se hallaba en la expresada poblacion, y podia inclinar á sus compatriotas á no manifestarse hostiles.

ropeos.» Tambien halla inexacto el mismo señor Navarro el cálculo de indios y castas que Humboldt establece. Segun sus cálculos, la poblacion de la Nueva-España en 1810, ascendia á 6.122,354, y tomando por base la matrícula de tributos de 1807, haciendo en los aumentos proporcionados al tiempo transcurrido, y teniendo en cuenta las ocultaciones que siempre se hacen en esas operaciones, presenta la masa total de la poblacion en la forma siguiente:

Clérigos en 1,072 curatos.	4,229
Frtales en 208 conventos y 165 misiones.	3,112
Monjas en 56 conventos.	2,098
Españoles ó raza blanca.	1.097,928
Indios.	3.376,281
Castas.	1 133,706
TOTAL DE HABITANTES.	6.122,354

Allende manifestándose afable y atento con él, le encargó que fuese á ver á su pariente Camuñez, y le hiciese comprender que el mejor partido que podia tomar en favor suyo y de los españoles establecidos en San Miguel, era no oponer resistencia á las fuerzas independientes, cuyas filas iban engrosando rápidamente, sino influir en el regimiento para que se admitiese á los sublevados como á amigos. Allende aseguraba á Camuñez, que, si de esta manera obraba, correria de cuenta de los pronunciados la seguridad de los europeos; que los miraria con la mayor consideracion, y que para ahorrar á los que conducia presos de Dolores la verguenza de que el pueblo les viese entrar presos, así como para precaver desórdenes, retardaria su entrada en la villa hasta que llegase la noche.

Peniche se puso inmediatamente en camino para San Miguel, ofreciendo desempeñar lealmente la comision que se le habia dado, y poco despues se dispusieron á continuar la marcha los pronunciados. Antes de salir de la hacienda, Hidalgo y Allende dieron órden á su gente para que ninguno se adelantara ni se separase al emprender la jornada. Esta órden tenia por objeto que todos se detuvieran mientras oscurecia, en el santuario de Atotonilco. Cuando llegaron á él, los jefes principales fueron recibidos en la sala de la habitacion del capellan Don Remigio Gonzalez, donde se les sirvió chocolate, que entonces era costumbre en la Nueva-España tomarlo por la tarde, y la cual se conserva hasta nuestros dias.

Como la idea religiosa era la que dominaba en la sociedad en la época á que nos referimos, y se trataba de hacer creer al pueblo que los españoles, inoculados con

las ideas francesas no solo trataban de entregar el país á Napoleon, sino tambien de atacar las creencias católicas, el cura Hidalgo tomó de la sacristia del santuario, un lienzo en que estaba pintada la imágen de la Virgen de Guadalupe, y colocándola en el hasta de una lanza, la entregó á uno de los oficiales subalternos para que la llevase como «lábaro» ó bandera sagrada, delante del ejército (1).

Mientras los pronunciados se detuvieron en el santuario de Atotonilco, veamos lo que pasaba en la villa de San Miguel el Grande, hácia la cual marcharian muy en breve. El administrador de la hacienda de Santa Catarina envió un criado á la expresada poblacion, poniendo en conocimiento de D. Manuel Marcelino de las Fuentes,

(1) D. José Maria Liceaga sufre un error al negar que Hidalgo tomase el lienzo en que estaba pintada la Virgen, y asegurar «que uno de los rancheros de la comitiva pidió una estampa de dicha Virgen á D.^a Ramona N. que vivia allí como otras, con el nombre de beatas; que habiéndola recibido, la puso en el palo de un tendedero de ropa que habia en el patio, y que comenzando así él como los que le acompañaban, á gritar, *Viva nuestra señora de Guadalupe y mueran los gachupines,*» salieron Hidalgo, Allende, Aldama y el capellan á ver lo que pasaba, y que «aunque trataron de recoger la imágen,» no lo hicieron al fin «al ver el entusiasmo que excitaba,» no pareciéndoles conveniente contrariarlo. El señor Liceaga termina diciendo en sus *Adiciones y Rectificaciones* que, «el presbítero D. Remigio Gonzalez que á la sazón era capellan, y su hermana D.^a Juliana, aseguraron que lo que pasó, fué lo que se acaba de exponer.» Que la noticia adquirida por el señor Liceaga no es exacta, y que Hidalgo fué quien tomó la imágen como lábaro, se ve en las siguientes palabras del mismo cura Hidalgo en la declaracion que dió en la causa que se le formó «Que habiendo salido el declarante» (es Hidalgo quien habla) «el diez y seis de Setiembre referido con direccion á San Miguel el Grande, al pasar por Atotonilco, tomó una imágen de Guadalupe en un lienzo que puso en manos de uno, para que la llevase delante de la gente que le acompañaba.»

vecino de ella, el levantamiento verificado en Dolores por el cura Hidalgo, Allende y Aldama. Fué la primera noticia que se tuvo en San Miguel del pronunciamiento. Nadie queria dar crédito á la nueva, juzgando que solo se basase en varios rumores; pero pronto se desengañaron los españoles, á quienes se dió el aviso, de la verdad que encerraba. En los momentos precisamente en que dudaban de la realidad, llegó á presentarse Peniche, manifestando la comision que le habia dado Allende al dejarle en libertad en la hacienda de la Erre. Viendo los españoles que el peligro estaba próximo, resolvieron defenderse. Don Marcelino de las Fuentes se dirigió entonces á casa de D. Narciso María Loreto de la Canal, coronel del regimiento de la Reina, hijo del país, y le refirió lo que pasaba. Hecha la relacion del suceso, le pidió consejo sobre lo que debian hacer él y sus compatriotas, los cuales habian determinado defenderse á todo trance. El coronel Canal, cuya hermana estaba casada con el que pedia el consejo, le contestó que toda vez que habian resuelto defenderse, lo hicieran; pero sin contar con el regimiento, pues era de creerse que no quisiera batirse contra los pronunciados, por estar al frente D. Ignacio Allende, cuya influencia en la tropa era conocida de toda la poblacion. En seguida añadió que si él, ó cualquiera otro español, queria refugiarse en su casa, podia hacerlo con toda confianza, ofreciéndole que interpondria con Allende toda su amistad y no su autoridad, pues creia que esta habia cesado desde que se dió la voz de independencia.

A la una de la tarde los españoles celebraron una jun-

ta en las Casas Consistoriales para resolver lo que debia hacerse. Despues de una ligera discusion, se dispuso que cada uno se presentase con las armas que tuviera, sin contar ni con criados ni dependientes del país, pues no podia saberse el sentido en que se hallaban (1). Resuelta la defensa, se dirigieron á sus casas, y transcurrida una hora volvieron á las Casas Consistoriales bien armados, cerraron las puertas del edificio, y abrieron las de los balcones. El número de españoles que habia en San Miguel ascendia á cuarenta, y todos se reunieron para defenderse, á excepcion de los dos Lámbarris, que por casualidad se hallaban desde antes, en sus haciendas, de D. Márcos Conde, que se encerró en su casa y de D. Manuel Marcelino de las Fuentes, que volvió á casa del coronel Canal.

El cura Hidalgo, que con su gente se habia detenido en el santuario de Atotonilco, se fué aproximando á San Miguel el Grande cuando empezó á ocultarse el sol, y al oscurecer del 16 de Setiembre entró, sin oposicion, en la

(1) Los españoles que habia entonces en San Miguel eran D. Manuel Marcelino de las Fuentes, D. Francisco de las Fuentes, D. Tomás Ignacio y Don José Antonio Apestequia, D. Domingo del Berrio, D. José y D. Domingo Garita Celaya, D. José Landeta, D. Pedro José, D. Domingo y D. Manuel de Lámbarri, D. Francisco Orrantia, D. Márcos y D. Domingo Conde, D. José Arronis, D. Pedro Bellogin, D. Francisco y D. Pablo Lajarzar, D. Manuel Cabrera, D. Sebastian Aguirre, D. Domingo Zavaia, D. Juan Berazueto, D. Domingo Marañon, D. Ignacio Ibarrola, D. Juan y D. José Urrutia, D. José Arroyo, D. Juan Soto, D. José Gonzalez, D. José Aguirre, D. Juan y D. Manuel Izosi, D. Manuel Gutierrez, D. Vicente Barros, D. Benito Sampuentes, D. Domingo Miranda, D. Pedro Gimenez de Ocon, D. Francisco Gutierrez, D. Vicente Gelati (italiano), D. José Bonochea, y D. Francisco Camuñez, sargento mayor del regimiento de la Reina.